

COMPRENDIENDO A UNA SOCIEDAD EN CAMBIO PARA COMPRENDER A LOS PACIENTES¹

Joan Coderch de Sans²

SEP-IPA. Miembro de Honor de IPR.

Desde la perspectiva fenomenológica y contextual del psicoanálisis relacional, afirmamos que no es posible comprender a un ser humano sin comprender el contexto general y los contextos concretos y puntuales en los que vive y ha vivido un ser humano. Toda cultura es un sistema y quienes viven en ella son los elementos componentes del mismo y, en cierta medida, lo representan, cosa que obliga a recordar la constante interacción entre las partes y el todo. La sobre-aceleración del tiempo en la época actual, con los consiguientes cambios en el campo socio/cultural, comporta que la patología psíquica que se presenta en ella vaya cambiando también aceleradamente. Las personas que hoy en día acuden al psicoanalista en demanda de ayuda distan mucho de los pacientes de los tiempos de Freud. En este trabajo se ofrece una visión generalizada de la sociedad del presente, y se describen algunas dimensiones concretas en ella de particular incidencia en la patología psíquica, como son la ruptura de los vínculos, la desconexión entre capital y trabajo, la desregularización entre mito y logos, el problema de la verdad y la tecnolatría. Se señala la necesidad de profundizar en las investigaciones psicoanalíticas centradas en la capas de la población más desfavorecida.

Palabras clave: cambio social, tecnificación, globalización, crisis económica

From the phenomenological and contextual perspective of relational psychoanalysis we maintain that it is not possible to understand a human being without understanding the general context and the concrete and punctual contexts in which a human being lives and has lived. Each culture is a system, and whoever live in it are the elements that compose it and, in a certain measure, represent it, which compels us to remember that permanent interaction between the parts and the whole. The hyper-acceleration of time in our current time, with the consequent changes in the socio-cultural field, implies that the psychic pathology that appears in it also changes at the same speed. The people that nowadays go to a psychoanalyst differ largely from Freud's patients. In this essay we offer a generalized vision of society of current times and we describe some concrete dimensions in it of particular incidence in psychic pathology, such as the breakage of bonds, the disconnection between capital and work, deregulation between mythos and logos, the problem of the truth and the technolatrý. We mark out the need to deepen into a psychoanalytic research centered in the segments of most underprivileged population.

Key Words: Social change, Technification, Globalization, Economic Crisis

English Title: Understanding Changes in Society to Understand our Patients.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Coderch, J. (2017). Comprendiendo a una sociedad en cambio para comprender a los pacientes.

Clínica e Investigación Relacional, 11 (1): 51-69. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info]

DOI: 10.21110/19882939.2017.110103

¹ Texto de la conferencia de clausura leída en las IV Jornadas de Psicoanálisis Relacional, Salamanca, 29 de Octubre de 2016.

² Joan Coderch de Sans (Hospitalet de Llobregat, Barcelona, 1930). Doctor en medicina y miembro titular de la Sociedad Española de Psicoanálisis, de la que ha sido presidente, y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ex -Profesor Adjunto de Psiquiatría de la Universidad de Central Barcelona, Profesor Emérito de la Universidad Ramón Llull. Ha publicado los siguientes libros: *Psiquiatría Dinámica* (1975), Herder, segunda ed. modificada, 2012; *Teoría y Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica* (1987), Herder; *La Interpretación en Psicoanálisis* (1995), Herder; *La Relación Paciente- Terapeuta* (2001), Fundació Vidal i Barraquer-Paidós, (2012), Herder; *Pluralidad y Diálogo en Psicoanálisis* (2006), Herder; *La Práctica de la Psicoterapia Relacional* (2010), Madrid: Ágora Relacional; *Realidad, Interacción y Cambio Psíquico* (2012), Madrid: Ágora Relacional; *Avances en Psicoanálisis Relacional* (2014), Madrid: Ágora Relacional. Contacto: 2897jcs@comb.cat

1. Introducción.

En la Meditación Primera de su obra *Meditaciones del Quijote* (1914), expresa Ortega una idea que es toda una tesis sobre los seres humanos y la sociedad que ellos construyen, idea que, yo pienso, debería ser objeto de atenta reflexión por parte de los psicoanalistas. Dice así Ortega: *Cada época trae consigo una interpretación radical del hombre. Mejor dicho, no la trae consigo, sino que cada época es esto* (p.366). Creo que con esta idea el genio de Ortega se adelantó en casi un siglo a nuestra convicción actual de que la comprensión del campo socio/cultural en el que vivimos nos es totalmente imprescindible para poder ayudar a los hombres y mujeres que con sus deseos, sus temores, sus ansiedades, sus valores y sus esperanzas lo han edificado. De aquí el título del trabajo que tengo el honor de presentar: *Comprendiendo a una sociedad en cambio para comprender a los pacientes*.

Toda patología psíquica es patología relacional, patología que, a la vez, se encuentra estrechamente vinculada a los contextos culturales en los que el sujeto ha vivido y ha aprendido a desempeñar su oficio de hombre o de mujer. No puede entenderse a un ser humano sin conocer estos contextos, porque no existen los seres humanos en estado puro, es decir, *aculturales*, sino que siempre somos representantes de una o más culturas, tal como puso de manifiesto claramente Clifford Geertz (1973).

Antes de seguir adelante, he de advertir que al plantear la necesidad de comprender a la sociedad para comprender a los pacientes que viven en ella no puedo contentarme con sólo ideas generalizadas y ya ampliamente aceptadas por la mayoría, como las que se refieren a la influencia del medio cultural en los seres humanos, la de que nadie puede saltar fuera de la cultura en la que vive, o la de que todo sujeto es representante de su cultura y otras por el estilo. No, hay mucho más que esto. A partir del paradigma relacional, fenomenológico y contextualista, sabemos que, para poner un ejemplo, la famosa frase de Ortega, que aparece por vez primera en la misma obra que acabo de citar, *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*, hemos de entenderla ahora como significando la fuerza con que todo sujeto forma parte inseparable de su circunstancia y, por tanto de los destinos de ella.

Sabemos que no existe la mente aislada, porque nuestra mente se ha formado a través de la relación y, por ello, no es posible un proceso psíquico que no sea relacional. Cada uno de nosotros vive en el mundo de su vida cotidiana, un mundo de experiencias, compartido con las personas con las que trata, con su cultura, sus costumbres, su lenguaje, sus tradiciones, sus leyes y todos aquellos acontecimientos y expectativas, baladíes o significativos, que se dan por garantizados, y, como consecuencia, este mundo que habitamos habita en nuestro interior. Ahora conocemos que todo ser humano,

como todo organismo viviente, es un sistema que, a la vez, es un elemento constituyente de otro sistema más amplio en el que mora y con el que se interpenetra y organiza sus experiencias, sin que pueda nunca desprenderse de él, de manera que la lengua con que nos habla el paciente que tenemos ante nosotros no es la lengua de un ser que pueda ser considerado aisladamente, sino que es la lengua de su mundo de la vida, de su mundo de experiencia. Y, como lo mismo sucede con el analista que le atiende, entre ambos forman un suprasistema que se organiza y evoluciona a través de la recíproca heteroregulación. (Berger, P. y Luckmann, T., 1967; Thelen, E. y Smith, L., 1996; Stolorow, R., 1997, 2001; Stolorow, R., Atwood, G. y Orange, D., 2002; Atwood, G. y Stolorow, R., 2014; Schneider, G., 2014)). Con esto, podemos decir que el concepto de psicología de dos personas, que hace ya años se contrapuso a la psicología de una persona como un gran avance (Coderch, J. 2001,) en el momento presente ha quedado un tanto ambiguo y dudoso, porque tal concepto deviene del supuesto de la interacción de dos psicologías individuales, y ahora, como consecuencia de todo lo que acabo de decir, más bien creo que no existe ninguna psicología individual. En todo caso, deberíamos hablar de la psicología construida por el encuentro de dos distintos mundos de experiencia. Creo que, si tenemos en cuenta todo ello, no dudaremos acerca de la perentoria necesidad de comprender a la sociedad para poder ayudar a los pacientes que viven en ella.

2. Consideraciones generales acerca del actual campo socio/cultural.

Debo advertir que al hablar de la comprensión de la sociedad no me refiero a una comprensión prepotente, de tipo "interpretativo", a modo de psicoanálisis de la misma. No, de ninguna manera debe ser así. Ahora me refiero a comprender según el modo de *mentalización*, que constituye el tema fundamental de esta Reunión. Sirviéndome, a mi manera, de la contundente definición de la mentalización que dan Allen, Fonagy y Bateman, en su libro *Mentalizing in Clinical Practice* (2008) cuando dicen: *Lo esencial de la mentalización es tener la mente en la mente* (p.2), lo que yo propugno es la perentoria necesidad de que los analistas tengan en su mente la mente de la sociedad, es decir, que tengan en su mente los *presupuestos, perspectivas y principios organizadores de la sociedad a la que están tratando de comprender*.

En el curso de la historia se han registrado épocas de crisis en las más diversas civilizaciones, desde los tiempos más remotos hasta los presentes, sin que sea éste el momento oportuno ni tan sólo para enumerarlas. Son muchos los autores que se han ocupado, desde diversas perspectivas, en estudiar, describir y buscar las causas de la

actual crisis, tales como Z. Bauman, T. Adorno y M. Horkheimer, G. Lipovetsky, F. Lyotar, F. Sennet y J. Tizón, por citar sólo algunos de los más conocidos en el entorno psicoanalítico. Personalmente, me parece particularmente apropiada la aportación de C. Rovirosa-Madrado (2010), quien sitúa el origen de la actual crisis en la gran recesión del pasado siglo tras la crisis bursátil de 1929, y afirma: *Estas fuerzas nos arrastraron a un alud en 2008 cuando otra recesión que tuvo su origen en Wall Street, arrasó con la fuerza de un tsunami* (p.9).

Por mi parte, quiero dejar clara mi propia manera de entender la actual situación de la sociedad, e intentaré exponerla de la forma más sintética y, a la vez, inclusiva que me sea posible, para favorecer la comprensión de ella que pretendo dar.

Yo pienso que la crisis en la que nos encontramos es mucho más grave que todas las que nos precedieron, principalmente a causa de dos factores. El primero concierne al estado de *globalización* total en el que vive hoy día la humanidad, cosa que hace que las consecuencias de la crisis lleguen hasta los más apartados confines del mundo habitado. El segundo, es el ya imparable cambio climático- cuyos catastróficos resultados finales dejo en manos de los científicos- consecutivo a la feroz e inacabable depredación del planeta tierra efectuada por los humanos y que ya, en estos momentos está dando lugar a desastres tales como la contaminación atmosférica, de los mares y de los ríos y a una terrible sequía que condena al hambre y a la muerte a los habitantes de muchas regiones de la tierra. A ello se añaden las guerras locales que proliferan por doquier, la amenaza de aniquilación atómica, el aumento progresivo del "excedente demográfico" y de los niveles de pobreza, la corrupción más alevosa, el individualismo más empedernido, el relativismo, el todos contra todos, la falta de conciencia ciudadana- sin la que no es posible la democracia- y la amenaza del terrorismo que planea como una inmensa nube negra sobre nuestras cabezas, todo lo cual son rasgos prevalentes en nuestro campo socio/cultural. Se junta a lo dicho el debilitamiento de los sistemas políticos que constituían la columnas centrales en las que se apoyaban las instituciones, mientras son reducidos al silencio- aunque persisten en lo hondo del espíritu humano y en la acción de valerosos luchadores- los valores de honestidad, trabajo, perseverancia, fidelidad al legado recibido y esperanza en el futuro sobre los que se edificó la Modernidad, ahogados ahora por el vocerío ensordecedor de políticos y publicistas que, a través de toda clase de *massmedia*, nos ofrecen, venden y mercadean, en provecho propio, una extraña mezcla de infundados, dispares y contradictorios objetivos, metas y proyectos que abruma y desorienta a los atónitos ciudadanos que no pertenecen a los centros de poder.

Como es de esperar, y bien lo sabemos los clínicos, esta sociedad que estoy describiendo impacta seriamente en el equilibrio emocional de los seres que en ella habitamos. La adicción a toda clase de drogas, que va creciendo en número de personas afectadas, es un buen ejemplo de ello, en gran medida provocada por la excesiva tensión emocional del presente, la exigencia de satisfacción inmediatas y la falta de valores en los que apoyarse (González-Guerras, J., 2008). Y bien notorio es que, desde las últimas décadas del pasado siglo, quienes acuden a los analistas en demanda de ayuda se han ido diferenciando cada vez más de los pacientes "neuróticos" a partir de los cuales se forjó el pensamiento psicoanalítico.

3. Distintas dimensiones del sistema social del que pacientes y analistas somos elementos constitutivos

Podrían decirse muchas cosas más en torno a la sociedad que configura y, a la vez, estructura y desestructura a los sujetos que van a ser los pacientes de los analistas, pero ahora, para no perderme en más generalidades, voy a centrarme en algunos aspectos concretos. Pero en el bien entendido de que el tiempo de que dispongo no da más que para señalar los puntos especialmente críticos y confusos, en el conocimiento de los cuales los analistas deben profundizar en bien de los pacientes. Son estos puntos: a) la ruptura de los vínculos; b) la desconexión entre el capital y el trabajo; c) la desregulación mito - logos; d) el problema de la verdad; e) la tecnolatría, y f) la necesidad de que el psicoanálisis se centre más en el estudio de las capas sociales pobres y desfavorecidas de nuestra sociedad.

a) La ruptura de los vínculos da lugar a un mundo caótico y desorganizado.

La sociedad no es una masa, más o menos numerosa, de seres humanos que comparten el mismo territorio- esto es sólo una multitud- sino un conjunto de hombres y mujeres que se organizan a través de los vínculos que establecen, algunos de ellos propios de la naturaleza humana y otros creados por el propio grupo como forma de asegurar su continuidad, y se caracteriza la sociedad porque las personas mantienen entre sí y con las distintas instituciones un determinado tipo de relación estable que implica alguna clase de compromiso. Toda sociedad, llamémosla avanzada o primitiva, se desarrolla y evoluciona gracias a la fuerza de los vínculos. El bien común -al cual se considera que es el mejor garante del bien particular de cada uno de sus componentes- es el fin de la comunidad, de las instituciones políticas y del Gobierno. Para que ello sea posible, es menester la existencia de un sistema de valores, creencias, normas y fines compartidos de una naturaleza tal que sea capaz de crear una comunidad de metas, y

también es indispensable la capacidad de esfuerzo y cooperación más allá de las dificultades objetivas y subjetivas para mantener tales valores, metas y fines. Y esta vinculación -en la construcción de la cual es un factor inestimable la *conexión emocional* que se instaura entre los seres humanos (Riera, R., 2010) -es la fuerza de toda sociedad, lo que podemos llamar su *capital moral*, o, en términos sociológicos, su *capital social* (Touraine, A., 2005; Miró, J., 2014). Este capital moral es la verdadera fuerza de una sociedad, mucho más importante, para su continuidad, que su economía y el armamento del que puede disponer. Cuando falla su capital moral, una sociedad se quiebra en mil pedazos y es absorbida por otras sociedades, posiblemente mucho más pobres pero con un fuerte sentimiento de su identidad y de sus valores compartidos. Si la Modernidad pudo llevar a cabo todos sus logros en el campo de la ciencia, la economía, la técnica y la sociología se debió a que su advenimiento fue la puesta en juego y circulación de un fabuloso capital moral que se había acumulado durante los precedentes siglos en los diferentes estados europeos. Cuando los vínculos se olvidan, se aflojan excesivamente o se rompen, sobrevienen el desorden y el caos (Balandier, G., 1988). En este sentido, podemos decir que la europea es una *sociedad desvinculada* (Miró, J., 2014), y en este punto la española se halla muy avanzada.

Lo que quiero señalar aquí es que nuestra actual sociedad o civilización occidental padece un gran debilitamiento general e, incluso, la desaparición de muchos de los vínculos que han constituido la base de la sociedad propia de la Modernidad. Esto es bien patente en lo que concierne a los vínculos familiares y religiosos, las costumbres sociales, la cultura y la política. En nuestra época, gran parte de la población, tanto en Europa como en América, no se siente vinculada a las instituciones políticas, ni a las normas y leyes que de ellas se derivan, cosa que da lugar a que las multitudes sean cada vez más ingobernables en las manifestaciones masivas y en las huelgas salvajes. Esta situación puede vivirse, por muchos, con el sentimiento de gozar de una mayor libertad. Pero muchos otros la viven con una sensación de desamparo y de vivir en el vacío, sin señales confiables en medio de una realidad social caótica y desordenada en la que rigen la razón instrumental, de la que hablaré a continuación, y el poder del capital. Frente a sus infortunios personales y a las turbulencias de la propia sociedad muchos hombres y mujeres se sienten sin protección. Se hallan huérfanos de unas normas y unas tradiciones, y echan de menos un mundo simbólico del cual recibir el sentimiento de formar parte de un todo, y con el cual compartir su ansiedad y su sufrimiento, para alivio de su soledad.

La ruptura de los vínculos ha sido provocada, en gran parte, por la substitución de la razón dirigida a la integración de todos los conocimientos y a la búsqueda de fines y

sentidos, a la que podemos llamar *razón de fines y sentido*, o *razón objetiva*, por *la razón instrumental*, surgida de la degradación de la Ilustración (Horkheimer, M. y Adorno, T., 1947). La razón de fines y sentido se basa en la búsqueda de un conocimiento y articulación universales del mundo humano y del mundo de la naturaleza, de las relaciones de los seres humanos entre sí y con la naturaleza que les rodea, de su papel en el mundo, del sentido de la vida y de sus fines. Esta razón objetiva entiende el mundo y los seres que en él habitan como un todo armónico cuyo significado debemos desvelar, de manera que, gracias a ella, la consciencia de cada individuo se encuentre integrada en una red de significados universales que tiene, como meta última, conocer cuál ha de ser la forma humana de vivir y pueda enlazar este conocimiento con el sentido de la vida humana y su destino. Cabe decir que, bajo la razón de sentido y fines, las acciones de cada individuo tienen en cuenta la totalidad de la sociedad y los deberes hacia ella, no sólo la propia subjetividad. Pero la razón instrumental, que progresivamente ha ido substituyendo a la que busca la armonía del conocimiento para articularlo en un todo, es una razón puramente individualista, dirigida tan sólo a poner en marcha los medios para satisfacer, exclusivamente, los deseos privados de cada uno. Es una razón ajena a toda metafísica, y para ella no cuentan más que los deseos de cada sujeto, y no existe nada más allá de la materia y de lo experimentalmente verificable. En esta situación, los políticos sólo actúan como mediadores entre el griterío de voces que reclaman el cumplimiento de innumerables deseos individuales, buscando la solución más fácil, pero sin ningún proyecto valioso para encauzar el rumbo de la sociedad con vistas a una mayor dignificación de los seres humanos. Si los analistas tienen esto en la mente, fácilmente comprenderán que gran parte de quienes buscan su ayuda sufren esta carencia de vinculación y necesitan, ante todo, crear con el terapeuta un fuerte vínculo que colme su sentimiento de vacío y les permita, por extensión, forjar las imprescindibles vinculaciones en el mundo de su vida.

b) La desconexión entre el trabajo, el capital y la política.

Voy a referirme ahora a la *desconexión* entre el trabajo y el capital, por un lado, y entre la política y el capital, por otro, entendiendo por trabajo el conjunto de los hombres y mujeres sin medios propios de subsistencia y cuyo esfuerzo laboral es pagado por el capital. Expondré esto de la manera sencilla que a mí me es posible. (Bordieu, P., 1998; Sennet, R., 1998; Bauman, Z., 2001; Rovirosa-Madrazo, C., 2010).

Hasta la revolución industrial del siglo XVIII, que tuvo su inicio en Inglaterra y que se expandió rápidamente a la mayor parte de los países europeos, los seres humanos trabajaban el campo y vivían del campo aunque, en su gran mayoría, no eran los

propietarios de las tierras que trabajaban. La aparición de las grandes fábricas en las ciudades atrajo a los campesinos hacia ellas, en parte seducidos por lo que parecían unas tareas menos duras y por la vida más agradable de la ciudad, y, en parte, por la falta de interés de los propietarios de las tierras en cuidar de ellas para hacer más productivo su cultivo. El capital necesitaba la fuerza de trabajo para hacer marchar sus fábricas y máquinas, y los desarraigados campesinos constituían esta fuerza. Con dinero podía comprarse tal fuerza como una mercadería, y obtener buenos ingresos con la plusvalía resultante de la diferencia entre lo producido por el trabajo y los salarios. Desde entonces, hasta finales del pasado siglo, la economía de, ya sean las distintas regiones o los distintos Estados, ha girado alrededor de las negociaciones y del tira y afloja entre el capital y el trabajo. Durante el período de tiempo en el que la situación se ha mantenido estable, las autoridades, ya sean regionales o estatales, han ejercido un papel regulador y de arbitraje entre ambas partes. Se entiende que estoy refiriéndome, únicamente, a los estados democráticos. Dado que se necesitaban la una a la otra, siempre se llegaba a un cierto acuerdo en el que el trabajo solía llevar las de perder. Pero un buen ejemplo de esta necesidad mutua lo dio Henry Ford cuando, al parecer sin ninguna necesidad apremiante para ello, de golpe dobló el sueldo de todos los trabajadores de sus fábricas, con el pretexto de que deseaba que sus trabajadores pudieran comprar los coches que él fabricaba. Pero esto era una excusa, lo que pretendía era fidelizar a sus obreros, para poder tener la seguridad de que todos ellos, comenzando por el aprendiz recién ingresado, terminarían su vida laboral en sus fábricas. Ford comprendió que le salía a cuenta pagar más a cambio de tener una plantilla estable y bien formada (Bauman, Z., 2001).

Pero esta relación de mutua necesidad terminó cuando el impresionante avance tecnológico, a finales del siglo pasado, dio lugar a la desaparición del obstáculo tiempo-espacio para quienes tienen los instrumentos para ello, es decir, para el capital. Un hombre o una mujer pertenecientes al poder, armados con un ordenador portátil, sentados en el banco de un paseo o en un restaurante, en un instante pueden trasladar millones de euros de un estado a otro, de una firma a otra. El capital financiero, que es el poder, fluye libremente a la velocidad de las señales electrónicas, dice el sociólogo M. Castells, antiguo catedrático de la Universidad de California (2000), mientras que el trabajo permanece afincado en su localidad, con muy escasa o ninguna movilidad y, además, ¿a dónde ir? Debido a ello, la relación se ha tornado excesivamente asimétrica, se convierte en una cuestión de "lo tomas o lo dejas", porque el capital, volátil y huidizo, encontrará la mercadería-trabajo en cualquier parte del mundo, mientras que el trabajo, inmovilizado, puede morir esperando a un comprador. Pero si esto sucede, si el capital goza de esta

libertad absoluta, se debe a que, por las mismas razones, se ha producido, a la vez, una desconexión entre el capital y la política que debiera funcionar como intermediaria y hacer respetar los derechos y las normas, porque la política también es territorial, local o estatal, y si el capital se siente presionado emigrará a otros lugares en donde se le ofrezcan mejores condiciones, digamos que un trabajo-mercadería más barato. La política se encuentra impotente ante la amenaza de la marcha del capital, y, al final, las instituciones políticas, locales o estatales, abdican de su función normativa y de arbitraje, y aceptan las exigencias del capital para evitar que éste levante el vuelo, dejando tras de sí un ejército de parados. Y, dado que el capital necesita un mínimo de orden y seguridad social para su lucrativo desenvolvimiento, a fin de evitar su huida los políticos se transforman en simples agentes ejecutivos del capital. Para arreglar esta situación se precisaría un *Poder Social Internacional* con el mismo poder del capital para enfrentarse a él, pero este poder no existe, ni se vislumbra que pueda existir. Los políticos locales no pueden con él poder del capital.

Las consecuencias de esta desconexión trilateral son incalculables y, de alguna manera, están presentes en todo lo que iré exponiendo a continuación, no sólo en el orden económico sino también en el impacto que sufre la sociedad, en general, y cada miembro de ella en particular. Creo que sin tener esto en cuenta no se puede comprender de ninguna manera a la actual sociedad. Una de las peores, secuelas es, a mi entender, su influencia en la terrible lacra de la corrupción que, naturalmente, depende también de otras variables. Los políticos "locales" (ya sea población, región o estado), por las razones hasta aquí expuestas, experimentan su impotencia ante el capital, sienten que no pueden enfrentarse con éxito a este poder que los domina, y algo que nos muestra repetidamente la historia de la humanidad es que los dominados tienden a identificarse y a aliarse con los dominadores siempre que falla el capital moral, como es el caso. Los analistas sabemos muy bien lo que es la identificación con el agresor. Y la hipótesis que aquí presento es la de que este estado de ánimo de los políticos contribuye a que, con tanta frecuencia, caigan en la cuenta de que sí pueden hacer algo, cínica y perversamente hablando, por descontado, pueden aceptar sobornos, generalmente en forma de comisiones del capital para ponerle las cosas todavía más fáciles, de manera que pasan a formar parte ellos del poder y a gozar de sus beneficios.

Otra de las consecuencias destacada de esta desconexión es, inevitablemente, la precariedad (Bordieu, P., 1998), fundamentalmente la precariedad laboral, pero parece que esta precariedad, como una mancha de aceite, se extiende a todos los órdenes de la vida, impregnándola de incertidumbre y falta total de confianza en el futuro, sin la cual no se poseen fuerzas para hacer planes y programas de vida a larga distancia y se vive sólo en el presente, actitud ésta que tiene que ver con la exigencia de satisfacción sin demora, sin espera, porque no se puede abrigar la esperanza de que la satisfacción, tal vez en mayor

grado, vendrá en el futuro (Coderch, J. y Plaza Espinosa, A., 2016). Es fácil percibir, conversando con las gentes, en la calle, en el mercado, digamos en el ágora, que trabajadores, autónomos, pequeños empresarios o grandes empresarios arruinados, parados, jubilados, etc., que la mayoría de las personas no sólo sienten que las cosas van muy mal, sino que están convencidas de que todavía irán peor.

Otro hecho nefasto derivado del dominio de los centros del poder, sobre el que existe un consenso muy generalizado entre sociólogos y expertos de la comunicación, es la fuerte mediatización de nuestra sociedad, bombardeada de continuo con mensajes destinados a dirigir, al servicio de determinados intereses, el pensamiento y el comportamiento de los ciudadanos. Estos mensajes provienen de los centros de poder, sean fácticos o institucionales, y son transmitidos, machacona y pertinazmente, a través del discurso de los políticos y de los más diversos *massmedia*; mensajes que, en ocasiones, intentan inculcar determinadas ideologías, y, en otras, persiguen intereses puramente económicos. Citaré brevemente, como ejemplo, a dos autores que nos advierten de esta situación: J. Tizón y G. Lakoff.

J. Tizón (2010, 2015) se ha ocupado, muy extensamente, de la estructura de la actual sociedad, regida, a su juicio, por las fuerzas políticas y económicas, y se refiere a la posibilidad de hallarnos en un contexto psicosocial de perversión. Piensa que estos centros de poder emplean, para modificar el comportamiento de los seres humanos en la dirección deseada, lo que él denomina la *organización relacional perversa*, que describe de esta manera (2015):

La organización relacional que se define por estar orientada hacia la entrada y el dominio en las mentes y/o en los cuerpos de los otros para beneficio del intruso, sin contar con la aquiescencia, por lo menos inicial, del invadido, y con objetivos de placer, poder, equilibrio o sedación (p. 64).

Creo que este eficaz método de dirigir a la sociedad, cuando se tiene capacidad para emplearlo, se vincula en la práctica con la creación de *marcos mentales*, método ampliamente empleado por los políticos, aconsejados por técnicos en ingeniería social, Para G. Lakoff (2004), los marcos son *estructuras mentales que conforman nuestra manera de ver el mundo*, forman parte del inconsciente cognitivo y dirigen nuestro pensamiento a través de las palabras y discursos que, intencionadamente, pronuncian tales políticos. El mejor ejemplo de la eficacia de los marcos mentales nos lo da el título del mismo libro en el que Lakoff expone estas ideas, *No Pienses en un Elefante*. Sus experimentos le han demostrado, dice Lakoff, que cuando se le da esta orden a alguien,

inevitablemente aparecen en su mente la imagen de un elefante o algunas ideas acerca de los elefantes.

c) La desregulación entre el mito y *el logos*.

La tesis que ahora aquí presento, dentro de mi esfuerzo para incrementar la comprensión de la sociedad, es la de que, entre la multitud de factores que intervienen en la crisis actual de la sociedad, hay uno que ocupa un lugar destacado, lo que yo denomino la *desregulación entre el mito y el logos*, o, acudiendo al título de uno de mis trabajos, en colaboración con A. Codosero (2015), un estado de patente desequilibrio *entre la razón y la pasión*.

En su vertiente positivista, la cultura occidental siempre ha intentado diferenciar entre el mito y el *logos* con la idea, dada como indiscutible, de que el mito es propio de las formas arcaicas del pensar, formas casi prehumanas, y que el avance intelectual y moral de la humanidad ha consistido, precisamente, en el paso del mito al *logos*, de la imagen al concepto, de la fantasía a la racionalidad. Pero esto es una falacia, y cuando se trata de "desmitificar", se cae en otra mitología, se cambia un mito por otro, la ciencia se convierte en cientificismo, el interés por la técnica en tecnolatría y, finalmente, se pasa de la democracia a la dictadura. También en política, donde se prometen programas y proyectos que traerán el bienestar y la felicidad para todos, hallamos docenas de mitos disfrazados, que no cito para no meterme en este azaroso campo.

Pero también es equivocado el intento de atribuir el mito al pensamiento arcaico o primitivo y el *logos* a la madurez intelectual del ser humano, porque la narración mítica conlleva siempre un hilo de discurso racional a través del cual se expresan símbolos, arquetipos, esquemas y grupos de esquemas (Durand, G.(2005), y en ella siempre descubrimos un discurso cognitivo, aunque el contenido sea empíricamente indemostrable.

Lo que me interesa precisar ahora es que hombres y mujeres somos seres *logomíticos*, es decir, que en aquello de nuestra humanidad que nos transporta más allá de la pura instintividad somos, a la vez, mito y *logos*, en una ininterrumpida dialéctica: imagen y concepto, fantasía y lógica, experiencia y *experimentum*, equivocidad y univocidad, emoción y raciocinio. Y siendo logomíticos los humanos no puede dejar de ser logomítica, coimplicación de mito y *logos*, la sociedad en la que nacemos, vivimos y morimos. En la mente humana-y también en el campo socio/cultural- mito y *logos*, imagen y concepto, emoción y función cognitiva, deseo insatisfecho de un más allá y

criterio de realidad deben integrarse sopesadamente para un justo equilibrio emocional. En cualquier momento de nuestra vida y en todos los avatares de la existencia, los seres humanos estamos sujetos al vaivén entre lo mítico y lo lógico, la imaginación sin límites y el determinismo abstracto de los conceptos (Duch, L., 1955, 1969, 2012). Si falla la mutua regulación se producen oscilaciones entre la fuerza del mito y la del *logos*. Cuando el vaivén se decanta excesivamente del lado del mito desaparece el juicio preciso para la evaluación de la realidad y la distinción entre el afuera y el adentro, y el pasado y el presente se confunden, y si lo hace del lado del *logos* quedan soterradas, como inexistentes, las emociones, desaparece la imaginación creadora y se presenta el frío racionalismo con desprecio de las emociones y sobrevaloración de una tecnificación organizativa de la sociedad, para la cual los seres humanos no son más que elementos computables, a la vez que la naturaleza deja de ser algo para admirar y amar, y pasa a ser una cosa para dominar, instrumentalizar y, al cabo, destruir. Y este es el desajuste que afirmo se halla rampante en nuestra sociedad, consecuente a la falta de un idóneo equilibrio entre el mito y el *logos*.

Toda comunicación entre los humanos es, por tanto, también logomítica, y así será siempre entre paciente y analista, como miembros que son de la sociedad en la que viven. No tiene cabida una comunicación exclusivamente bajo la égida del *logos*, puramente denotativo, abstracto, carente de todo matiz emocional y como un instrumento para transportar ideas de uno a otro. El lenguaje es siempre *logos* y mito, y por ello, en el diálogo analítico la comunicación paciente-analista transcurre, ineludiblemente, a través de imágenes y conceptos, de sensorialidad y abstracción, de signos y símbolos, de raciocinio y afectividad, de significados evidentes y de sentidos latentes. En términos psicoanalíticos, podemos ver la desregulación mito *logos* como la insuficiente integración entre el proceso psíquico primario y el secundario, debido a lo cual no llega a constituirse un tercer proceso psíquico en el que uno y otro se expresen de manera armónica y equilibrada, tal como ya he expuesto en otro lugar (2012).

Trasladando lo dicho al lenguaje social, podemos hablar de la Ilustración y el Romanticismo presentes en nuestra sociedad, entendidos estos movimientos no como etapas históricas que se desvanecieron, sino como dos distintas formas actuales de ver el mundo y de estar en él. Ambos movimientos son considerados como el inicio de la moderna civilización occidental, y ambos, bajo distintas formas y apariencias, continúan siendo las fuerzas que perviven y palpitan en los confusos estremecimientos y turbaciones que sacuden a la sociedad actual.

d) La verdad y el giro lingüístico.

Una de las cuestiones sobre la que más se debate actualmente en múltiples campos, tales como la filosofía, la sociología, la ciencia, la religión y la psicología, es el de la *verdad*. Desde la perspectiva de la postmodernidad se sostiene la afirmación de la existencia de múltiples verdades, como consecuencia de diferentes interpretaciones de un mismo hecho o fenómeno. En otro lugar he escrito (2001)

En el pensamiento postmoderno la verdad no se considera inocente, neutra y objetiva, sino que se juzga que la verdad, aunque sería mejor decir la supuesta verdad, es un instrumento al servicio de aquellos que detentan el poder. En las formas más radicales del pensamiento postmoderno las diferencias entre verdad y propaganda quedan borradas. Desde este punto de vista la verdad es perspectiva, plural, fragmentada, discontinua, calidoscópica y siempre cambiante (p.35).

Pese a que el psicoanálisis se ha basado siempre en la comunicación hablada, es poca la atención que se ha dado al lenguaje, al que más bien parece que se considera como algo garantizado y del que no cabe preocuparse demasiado, sólo como un instrumento para trasladar la actividad cognitiva de un sujeto a otro. Pero yo creo que no obtendremos una buena comprensión de la sociedad si nos mantenemos en esta visión tan somera del lenguaje y de lo que con él se desea transmitir, porque hay una gran confusión acerca de la verdad con mayúscula, la verdad objetiva que ha de ser para todos. Pienso que es necesario, para aclarar esta cuestión, acudir a las ideas provenientes del giro lingüístico, iniciado por W. Humboldt, y profundizado con tal fuerza por Nietzsche que, en su momento, representó una revolución total de la epistemología. Esta corriente fue seguida por autores como Cassirer, Heidegger, Gadamer y Chomsky, y Duch y Valverde en España.

Deseo exponer dos ideas fundamentales que han de ayudarnos a comprender a la sociedad y a los pacientes en lo que concierne a la cuestión del problema de la verdad.

La primera es la de que el lenguaje no es un mero instrumento al servicio de la transmisión de nuestra actividad mental, sino que *toda actividad mental es lenguaje, y pensar es un lenguaje siempre relacional*, que puede o no exteriorizarse en el habla, y con este lenguaje construimos nuestro mundo humano a partir del encadenamiento que forman *estímulo, sensación, percepción, imagen y concepto*, para adaptarnos al mundo de la naturaleza, a la que somos, por cierto, completamente indiferentes. Algo ha de quedar muy claro a este respecto: los niños no hablan porque piensan, sino que piensan porque hablan.

La otra idea es que lo que llamamos la verdad es algo que, en cada momento o etapa de la historia, construyen los seres humanos con su lenguaje para sobrevivir y adaptarse, en su lucha por el poder, según sus intereses y conveniencias. Estas son las ideas que desarrolló Nietzsche en primer lugar, que hicieron temblar los cimientos del conocimiento y que fueron principalmente expuestas en su obra de 1873 *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral*. Parte Nietzsche de que la mente no tiene acceso directo a la verdad pura, al *noumeno*, sino que tan sólo deslizamos nuestra mirada sobre las cosas y percibimos la *sensación* que nos producen y erigimos nuestro mundo al lado del mundo de la realidad. La verdad es, por tanto, la verdad que construimos en cada momento de nuestra historia, una verdad perspectivista y relacional, no una verdad única y objetiva válida para todos. Lo expresa así Nietzsche

¿Qué es, pues, verdad? Respuesta: una multitud movible de metáforas, metonimias y antropomorfismos, en una palabra, una suma de relaciones humanas poética y retóricamente potenciadas, transferidas y adornadas que tras prolongado uso se le antoja fijas, canónicas y obligatorias a un pueblo. Las verdades son ilusiones que han olvidado que lo son, metáforas gastadas cuya virtud sensible se ha deteriorado, monedas que de tan manoseadas han perdido su efigie y ya no sirven como monedas, sino como metal (p. 548 de la edición castellana).

Esta concepción relacional y perspectivista de lo que es la verdad ha de servirnos a los analistas para entender a las diferentes sociedades que construyen los seres humanos, fundadas sobre verdades frágiles, inestables y cambiantes según lo hacen sus egoístas intereses.

e) La tecnolatría.

Es evidente que la humanidad no puede prescindir de las máquinas en este momento de su historia, ya no hay vuelta atrás. No voy a seguir por el camino de si es conveniente más o menos mecanización, pero me permito citar unas palabras de J. Ferrater-Mora sobre las que conviene meditar (1983):

Así, el verdadero peligro no es el mal uso de las máquinas, sino el mal uso en la manipulación técnica de los hombres (p.183; resaltado del autor).

Ahora voy a referirme a dos de los principales problemas creados por la tecnolatría. Uno de estos dos problemas es el hecho de que, cada vez en mayor número, algunas personas se sienten superadas por la tecnificada y compleja situación en la que transcurre nuestra existencia, y no se sienten capaces de entenderla y vivir en ella. En el

curso de los últimos años he conocido, a través de mi labor como supervisor, varios casos de adultos jóvenes de ambos sexos que no se encierran en su habitación, pero si en el domicilio de los padres, sin que sientan el impulso a salir al exterior y buscar trabajo y relaciones sociales, a veces incluso después de haber finalizado algún tipo de estudio o de formación profesional. Y otros muchos no se cobijan entre paredes sino que viven y trabajan dentro de una aparente normalidad, pero se sienten reclusos en sí mismos, angustiados, desorientados, sumidos en la incertidumbre, el temor y la duda, incapaces de ilusionarse ante un mundo que se les hace extraño e incomprensible y en el que se sienten emocionalmente perdidos, como en una enmarañada jungla.

El ser humano es misterioso, ambiguo y contradictorio, finito con ansías de infinito, necesitado del verbo para poder crear un mundo simbólico frente al mundo de la naturaleza, poético y destructivo, soñador y realista, anhelante de un más allá que nunca alcanza y siempre movido por las emociones, aunque poseedor de una enorme fuerza de razonamiento. Pero este poder de razonamiento lo emplea al servicio de la satisfacción de las emociones y ello, con gran frecuencia, le lleva a comportamientos irracionales que van en contra del planeta que habitamos y, por tanto, en contra de la propia supervivencia. Dotado el ser humano de un cerebro capaz de las más grandes creaciones científicas y artísticas, este cerebro resulta, por paradoja, incapaz de entenderse a sí mismo y al *mundo* humano que ha creado. Por otra parte, esta es, también, la *Era de la Información* (Castells, M., 1997) y el imponente caudal de ella con que diariamente se invade a la sociedad no llega a ser asimilado por muchos de sus miembros porque el cerebro, a pesar de sus grandes recursos, no puede con el diluvio diario de información que recibe. La sociedad, que ha configurado a los individuos que el analista deberá entender y ayudar si ellos lo piden, anda perdida en un estado de desorientación, extravío y confusión en la civilización globalizada, sobreacelerada y altamente tecnificada que es su propia creación.

La otra situación a la que me he referido y que puede haber perturbado gravemente a muchos de los pacientes de los analistas, es la que podemos denominar la *maquinización* de la sociedad, la sociedad organizada como una máquina de la que cada uno de nosotros constituye una pieza que debe funcionar de manera semi-automatizada. Para mí, el verdadero y mayor peligro que se esconde en las entrañas y recovecos de nuestra sociedad no reside en el empleo masivo de las máquinas, sino en la tendencia de los tecnócratas a tratar a los hombres como si fueran piezas constituyentes de una máquina, así como en el intento de encauzar y dirigir sus emociones y pensamientos de acuerdo a un programa técnicamente establecido. Frente

ello, los analistas han de estar al cuidado de evitar el riesgo de que los pacientes se sientan enclaustrados en un encuadre tecnificado (Coderch, J, y Codosero, A, 2015).

f) La necesidad de profundizar en el conocimiento de las capas más desfavorecidos de la sociedad.

Es una evidencia clamorosa que, desde un principio, el psicoanálisis tomó el modelo de la práctica médica privada, dentro de un sistema capitalista sin la suficiente atención a la salud mental de los más desfavorecidos. A causa de ello, la comprensión de la sociedad por parte de los analistas se ha visto mutilada y ha sido parcial. No vale citar excepciones en cuanto a la existencia de investigaciones dirigidas a niveles de pobreza profunda, desarraigo laboral, conflictividad social, pérdida o ausencia del marco familiar, delincuencia ligada a la desocupación, etc., porque han sido esto, excepciones, tipo Bowlby, Fairbairn y Winnicott, para poner algún ejemplo, aunque, para alivio de nuestra consciencia, desde principios de este siglo las cosas han ido mejorando en este sentido.

Creo que, a causa de lo que acabo de decir, no se ha prestado hasta el momento, a nivel académico, la suficiente atención, ni se ha otorgado valor científico, al trabajo que un número cada vez mayor de analistas están efectuando en contextos de instituciones públicas, muy lejos del encuadre psicoanalítico de la consulta privada, en donde se trabaja con una capa muy densa de la sociedad, la constituida por los que son débiles económicamente, y en la que se encuentran muchos hombres, mujeres y niños que viven en misérrimas condiciones, en familias con frecuencia rotas por las drogas y la violencia, y esta falta de valoración se ha justificado con el exigente y seudocientífico argumento de que son meras psicoterapia de sostén o directivas. Y, tras esta idea, se pierde la oportunidad de integrar la experiencia de estos analistas para una comprensión total de la sociedad, no únicamente de la formada por quienes han sido, durante mucho tiempo, los únicos pacientes de los analistas. Es necesario tomar consciencia de que el trabajo llevado a cabo en las instituciones públicas, con la frecuencia que sea, posee el mismo valor científico que el realizado en la calma y aislamiento de un consultorio privado. La antigua excusa de que sólo en la privacidad pueden darse el anonimato y la neutralidad necesarios es un engaño, y el psicoanálisis relacional ha puesto sobradamente de relieve la debilidad de estas razones. Porque el anonimato no es posible ni preciso (Coderch, J., 2010). Y, en cuanto a la neutralidad, no es posible ni deseable, o se está en todo a favor del paciente o se está en su contra, porque tal es la indiferencia. Los pacientes siempre vienen en busca de amor, aquellos a los que la vida ha maltratado son los que más lo necesitan, y hablar de neutralidad frente a ellos me parece un despropósito.

Hay un hecho sorprendente y paradójico que descubrirán los analistas al intentar comprender a la sociedad y a la cultura de la que sus pacientes, como ellos mismos, son representantes. En nuestra sociedad, en medio de un predominante y egoísta individualismo, a lomos del cual vemos a los seres humanos tratarse los unos a los otros como medio para conseguir el propio beneficio, surgen cada vez con más fuerza, como rosas que florecen en un pedregal, voces y movimientos civiles que reclaman paz, concordia y justicia. También se multiplican los actos individuales y colectivos que luchan por ayudar a los más desvalidos. Las O.N.G. desarrollan una meritísima labor humanitaria allá donde los Estados, por desidia o por imposibilidad, no llegan. El papel de la ética, de la honestidad, de la compasión y de la solidaridad en las relaciones humanas, más allá de la simple obligación legal, es reconocido y va penetrando en las conciencias, yo diría que en términos mucho mayores de lo que acaecía cuando yo entré en la Universidad hacia finales de la década de los cuarenta del pasado siglo. Por lo menos, esta es la perspectiva que tengo si vuelvo la vista hacia atrás y, desde la altura de mi vida, comparo el clima social de entonces, el de mi adolescencia y juventud, con el de ahora, y si confronto a los pacientes de mis balbuces psicoanalíticos con los pacientes de mis últimos años de ejercicio clínico, hoy ya finalizado. También en el psicoanálisis, habitualmente sólo centrado en los piélagos del mitológico conflicto edípico, en el mundo intrapsíquico, supuestamente aislado y desligado de la realidad exterior, predomina ahora el interés por la naturaleza esencialmente relacional de los seres humanos, y se señala el desarrollo y profundización de la intersubjetividad como fuente indispensable para la construcción de un *self* sano, coherente y vigoroso en los hombres y en las mujeres, y para el establecimiento de una sociedad más justa y equilibrada (Plaza, A., 2002 2010,2012; Critchley, S. 2007; Orange, D. 2012a 2012b,2012c,2016a, 2016b; Stolorow, R. ,2011; Coderch, J.y Plaza, A., 2016). .

Esta es pues, también, la sociedad que habitan quienes se presentan en demanda de ayuda psicológica, y la comprensión de tal sociedad permitirá a los analistas descubrir y poner en marcha en ellos sentimientos, recursos y posibilidades de empatía y solidaridad que, tal vez, permanecían ocultos y reprimidos bajo el fragor de la lucha cotidiana por la existencia.

REFERENCIAS

ALLEN, J., FONAGY, P. y BATEMAN, A, (2008). *Mentalizing in Clinical Practice*, Washington ,DC: American Psychiatric Publishing Inc.

- ATWOOD, G. y STOLOROW, R. (2014). *Structures of Subjectivity*, Londres: Routledge.
- BALANDIER, G. [1988]. *El Desorden. La Teoría del Caos y las Ciencias Sociales*, Barcelona: Gedisa, 2003.
- BAUMAN, Z. (2001). *La Sociedad Individualizada*, Barcelona: Anagrama.
- BAUMAN, Z. y ROVIROSA –MADRAZO, C.(2010). *El Tiempo Apremiado*, Barcelona: Arcadia.
- BERGER, P. y LUCKMAN (1967). *La Construcción Social de la Realidad*, Buenos Aires: Amorrortu
- BORDIEU, P. [1998]. *Contrafuego*, Barcelona: Anagrama, 1997.
- CASTELLS, M. (1997). *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*, Madrid: Alianza Editorial.
- CODERCH, J. [2001]. *La Relación Paciente-Terapeuta*, Barcelona, Herder, 2012.
- CODERCH, J. (2010). *La Práctica de la Psicoterapia Relacional*, Madrid: Ágora Relacional.
- CODERCH, J. (2012). *Realidad, Interacción y Cambio Psíquico*, Madrid: Ágora Relacional.
- CODERCH, J. y CODOSERO, A. (2015). Entre la razón y la pasión, *Clínica e Investigación Relacional*, vol.9 (2), 358-393.
- CODERCH, J. y PLAZA, A. (2016). *Emoción y Relaciones Humanas. El Psicoanálisis Relacional como Terapéutica Social*, Madrid: Ágora Relacional.
- CRITCHLEY, S. (2007). *La Demanda Infinita*, Barcelona: Marbot Ediciones.
- DUCH, L (1995). *Mite i Cultura*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- DUCH, L. (1969). *Mite i intepretació*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- DUCH, L., y CHILLÓN, A. (2012). *Un Ser de Mediaciones. Antropología de la Comunicación*, Barcelona: Herder.
- FERRATER MORA, J. (1983). *Las Crisis Humanas*, Madrid: Alianza Editorial.
- GADAMER, H-G. (1997). *Mito y Razón*, Barcelona: Paidós.
- GEERTZ, C. (1973). *La Interpretación de las Culturas*, Barcelona: Gedisa, 2006
- GONZÁLEZ-GUERRAS, J. (2008). Psicoanálisis y toxicomanías, *Clínica e Investigación Relacional*, vol.2 (1), 358-393.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. [1944]. *Dialéctica de la Ilustración*, Mdrid: Ed. Trotta, 201
- HUMBOLDT, W. von [1836]. *Sobre la Diversidad de la Estructura del Lenguaje Humano y su Influencia en el Desarrollo Espiritual de la Humanidad*, Barcelona: Antrophos, 1990.
- LAKOFF, G. (2004). *No Pienses en un Elefante*, Madrid: Editorial Complutense.
- LYOTARD, J-C (1994). *La Condición Postmoderna*, Madrid: Cátedra.
- MIRÓ, J. (2014). *La Sociedad Desvinculada*, Barcelona: Stella Maris.
- NIETZSCHE, F. [1873]. *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral*, en *Obras Completas*, vol., pp: 541-546, Buenos Aires: Ed. Prestigio, 1970.
- ORANGE, D. (2012a). *Pensar la Práctica Clínica*, Santiago de Chile: Ed. Cuatro Vientos.
- ORANGE, D. (2012b). Hospitalidad Clínica. Acogiendo el rostro del Otro, Devastado, *Clínica a Investigación Relacional*, vol.7 (1),pp:11-24
- ORANGE, D. (2012c). El extraño que sufre. *Enactment* como concepto evolutivo entre la psicología del Self y el psicoanálisis relacional, *Clínica e Investigación Relacional*, vol. 7 (1),pp: 34-44.

- ORANGE, D. (2016a). Una actualización: De la teoría de los sistemas intersubjetivos al giro ético en psicoanálisis, *Clínica e Investigación Relacional*, vol.10 (1), pp.27-4.
- ORANGE, D. (2016b). Del falibilismo contrito a la humildad: Personal, clínica y humanitaria, *Clínica e Investigación Relacional*, vol. 10, pp.57-78.
- ORTEGA Y GASSET, J. [1914]. *Meditaciones del Quijote*, en *Obras Completas*, Madrid: Revista de Occidente, vol.I, pp. 309-400, 1996.
- PLAZA, A. (2002). Psicoanálisis, sus retos y perspectivas, *Aletheia*, nº 21.
- PLAZA, A. (2010). Ética y afectos, motores para la transformación social. *Aletheia*, nº 29
- PLAZA, A. (2012). El vínculo agresivo como una forma de esconder la soledad. Su transformación hacia la vida, *Clínica e Investigación Relacional*, vol 6 (1).
- ROVIROSA-MADRAZO, C. (2010), en Zygmunt Bauman: *El Tiempo Apremia, Conversaciones con Rovira-Madrazo*, Barcelona: Arca
- SCHNEIDER, G. (2014). Psychoanalysis, Cultura, Society. Some reflections on the relationship between psychoanalysis and socio/cultural field and their mutual influence upon either other. En EPF Symposium: *Psychoanalysis in 2025*, Berlin, setiembre de 2014.
- SENNET, R. [1998]. *La Corrosión del Carácter*, Barcelona: Anagrama, 2001.
- STOLOROW, R. (1997). Dyadic, intersubjective systems: An evolving paradigm for psychoanalysis, *Psychoanal. Psychol.*, **14**: 337-346.
- STOLOROW, R., ATWOOD, G. y ORANGE, D. (2002). *Worlds of Experience*, U.S.A.: Basic Books.
- STOLOROW, R. (2011). *World, Affectivity, Trauma*, Londres: Routledge.
- TIZÓN, J. (2010). *El Poder de la Por*, Lleida: Pagès Editors.
- TIZÓN, J. (2015). *Psicopatología de la Corrupción*, Barcelona: Herder.
- THELEN, E. y SMITH, L. (1996). *A Dynamic Approach to Development of Cognition and Action*, Cambridge: The MIT Press.
- TOURAINÉ, A. (2005). *Un Nuevo Paradigma*, Barcelona, Paidós.

Original recibido con fecha: **7-10-2016** Revisado: **30-11-2016** Aceptado: **28-2-2017**